

MARIANO ALCOCER Y MARTÍNEZ

C A T Á L O G O
RAZONADO DE OBRAS IMPRESAS
EN
VALLADOLID
1481-1800

Prefacio

HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Cultura y Turismo
1993

PREFACIO

HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO

Ex Director de la Biblioteca Nacional

No conocí a don Mariano Alcocer, aunque pude haberme cruzado con él y haber cambiado algunas palabras en el otoño de 1937 cuando, en plena guerra civil y con ocasión de un cursillo universitario, pasé una temporada en Valladolid. Ni los profesores ni las materias impartidas suscitaron interés en mí. En cambio, me resultaron gratas y muy provechosas las muchas horas que pasé en la biblioteca universitaria donde el secretario, el amable don Paulino Ortega Lamadrid, me guió en el piélago inmenso de los libros, me descubrió los tesoros secretos de la biblioteca y me facilitó el acceso a obras que me resultaron muy útiles en mis estudios posteriores. Y sin embargo, en algunas ocasiones, le he recriminado cariñosamente porque no me habló ni me mostró la joya del arte mozárabe, el Beato que pintó Obeco a finales del siglo X y guarda la biblioteca universitaria.

Es probable que alguna de las personas mayores, con empaque de hidalgo, que vi en la biblioteca fuera don Mariano, como le llamaban sus compañeros, pues continuó trabajando después de su jubilación en la biblioteca, a pesar de no haber podido conseguir que el Ministerio de Instrucción Pública le permitiera seguir, sin gratificación alguna, dirigiendo la biblioteca, como había recomendado la Junta de gobierno de la universidad alegando que se encontraba en plenitud de sus facultades físicas e intelectuales. Qué dura era en aquellos tiempos la inflexibilidad administrativa, que ni siquiera permitía trabajar gratis a las personas capacitadas.

Don Mariano Alcocer, que había nacido en Molina de Aragón el 8 de mayo de 1860, ingresó, treinta años más tarde, en 1890, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, después de estudiar en la Escuela de Diplomática, en la que consiguió el diploma de suficiencia con ciertos apuros y un suspenso en bibliografía, él que terminó siendo un bibliógrafo notable de su tiempo. Una vez ingresado tuvo que someterse al nomadismo de los funcionarios primerizos y trabajó en los archivos de Orense, Toledo, Vitoria y Simancas, hasta que arribó, 1917, a la Biblioteca Universitaria vallisoletana, de la que llegó a ser director, cargo que desempeñaba cuando se jubiló en 1929.

La Escuela de Diplomática, creada para la formación del personal que debía encargarse de las bibliotecas, los archivos y los museos del Estado, fue, en la segunda mitad del siglo pasado, vivero de investigadores, despertó en él la afición a la investigación histórica y le llevó a configurar su vida como animador de la actividad investigadora en Valladolid, labor por la que recibió numerosas recompensas honoríficas, claro.

Fruto de su actividad investigadora fueron una treintena larga de trabajos publicados en diversas revistas y principalmente en la *Revista Histórica*, órgano de la Facultad de Filosofía y Letras vallisoletana, que él creó. Publicó, además, *Historia de la Universidad de Valladolid*, transcrita del *Libro becerro*, compuesto por F. V. Velázquez de Figueroa, siete vols., Anales Universitarios, 1918-1931, y una serie de catálogos de documentos del Archivo de Simancas, donde trabajó bastantes años, y bibliográficos de las bibliotecas que tuvo a su cargo: Facultad de Historia, Biblioteca Provincial del Instituto de Vitoria y Universitaria y Provincial (Santa Cruz) de Valladolid.

Pero su obra de mayor empeño es este *Catálogo razonado*, que obtuvo el premio en el concurso bibliográfico convocado por la Biblioteca Nacional en 1920. Los premios habían sido creados por la Biblioteca Nacional en 1875 y se convocaban anualmente para dar a conocer la bibliografía histórica española, que, poco accesible, dormitaba en las bibliotecas públicas, provinciales y universitarias, mal instaladas y escasamente dotadas de medios, que habían sido creadas precipitadamente a mediados de la centuria para recoger los fondos procedentes de la desamortización de los conventos porque esta gran riqueza, esencial para el conocimiento de nuestra historia, se estaba perdiendo y algunas de sus piezas más valiosas habían sido expoliadas por particulares e incluso trasladadas al extranjero.

A los políticos, que concebían estos fondos como piezas arqueológicas, como un tesoro, les preocupaba más su conservación que la difusión de su contenido, idea que trataron de corregir los directivos de la Nacional con los premios bibliográficos. Los bibliotecarios sabían que el buen paño en el arca no evitaba el frío de los días invernales y tenían claro que su función era facilitar el acceso a los ricos fondos bibliográficos y la difusión de su conocimiento mediante catálogos, como hicieron los míticos bibliotecarios de Alejandría, donde se formó el gran catálogo de la literatura griega, los *Pinaques* de Calímaco, que facilitó su perduración.

Los políticos enfriaron el entusiasmo de los bibliotecarios negando créditos para la publicación de los premios o concediéndolos con parsimonia. En casi cien años de premios 1857-1955, de las 72 obras premiadas sólo llegaron a ver la luz 51, y algunas con tanto retraso que no pudieron verlas publicados los autores que ya habían fallecido. Otros permanecen todavía inéditos en nuestra Biblioteca. De todas formas, fue considerable la aportación de las obras premiadas a la bibliografía española.

Entre los publicados figuran bibliografías temáticas valiosas sobre botánica, el teatro antiguo español, obras científicas de autores españoles, historiadores arábigo-españoles, escritoras españolas y escritores de diversas provincias. Otras obras premiadas relacionaron los libros impresos en ciudades, como Sevilla, Alcalá de Henares, Zaragoza, Toledo, Córdoba y Medina del Campo. Precisamente con la edición facsímil de este último estudio, *La imprenta de Medina del Campo*, de Cristóbal Pérez Pastor, la Junta de Castilla y León inauguraba la colección La imprenta, libros y libreros, a la que también pertenece el presente volumen. Dentro de este grupo figura el *Catálogo razonado de obras impresas en Valladolid* de don Mariano Alcocer Martínez.

PREFACIO

La Biblioteca Nacional había convocado en 1920 dos premios. Uno de 2.000 pesetas para una colección de artículos bibliográficos-biográficos relativa a escritores españoles e hispanoamericanos; otro, de 1.500 pesetas, para una colección de estudios bibliográficos. Los trabajos debían estar redactados en castellano, en estilo literario y con lenguaje castizo. Las obras premiadas, decía la convocatoria, quedaban propiedad del Estado, que las publicaría a medida que las cantidades presupuestas lo consintieran. Además, al autor se le adjudicarían 300 ejemplares de su obra para compensar la escasez de la remuneración y asegurar la distribución.

Sólo fueron dos los trabajos admitidos en esta convocatoria, y como aspiraban a premios diferentes, ambos fueron premiados por el jurado formado por seis vocales anodinos, el secretario de la Biblioteca, don Álvaro Gil de Albacete, y el director, don Francisco Rodríguez Marín, que, como consiguió la dirección por una afección a la garganta que le impidió seguir al frente de su bufete sevillano, careció de fuerza moral para exigir a los políticos la atención que evitara la continuada decadencia de la Biblioteca Nacional.

La formación del *Catálogo razonado*, que tan cicateramente fue remunerado por la administración pública, y cuya publicación se demoró seis años, le llevó muchas horas de búsqueda en los repertorios y catálogos publicados y en los archivos y las bibliotecas que Alcocer reseña en su libro. Lo concibió como un trabajo de investigación histórica que permitiría conocer y valorar la vida intelectual y religiosa de la ciudad durante la Edad Moderna, hasta el siglo XIX.

* * *

Una ventaja que ha traído el régimen de las autonomías a nuestro país ha sido el interés por conocer y afianzar la propia personalidad de las regiones, un tanto borrosa al cabo de tantos siglos de centralismo. Se vuelve la vista a la historia para recuperar las tradiciones y fiestas, para revalorar monumentos artísticos y arqueológicos, e incluso la propia naturaleza paisajística, y claro está para estudiar las fuentes históricas, que, sumidas en un natural letargo, descansan en los documentos de los archivos y en los libros de las bibliotecas en espera del investigador curioso.

A través de estas fuentes podremos conocer acciones y pensamientos de los hombres que vivieron en épocas anteriores, hoy cubiertos por las cenizas del olvido, que habrá que aventar. Por ello el *Catálogo razonado de los libros impresos en Valladolid* puede ser un instrumento valioso y de ahí el acierto de la Junta de Castilla y León al llevar a cabo esta edición facsímil, dado que la obra, rico venero de información sobre los autores vallisoletanos, clérigos, médicos y juristas, y, de modo especial, sobre los que enseñaron en su universidad y colegios, estaba agotada desde hace tiempo y resultaba difícil su utilización.

Advirtamos que no ha sido especialmente abundante la producción de las imprentas vallisoletanas ni su gama temática completa, y, a primera vista, puede pensarse inferior a la que cabía esperar de su numerosa y culta población, pues en ella vivieron en los siglos pasados muchas personas con elevada formación —teólogos, profesores de enseñanza superior y

CATÁLOGO

RAZONADO DE OBRAS IMPRESAS EN

VALLADOLID

1481-1800

OBRA PREMIADA EN EL CONCURSO NACIONAL DE 1920
E IMPRESA A EXPENSAS DEL ESTADO

POR

D. MARIANO ALCO CER Y MARTÍNEZ

DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ARQUEÓLOGOS
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA Y OFICIAL DE
INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE FRANCIA



VALLADOLID

Imprenta de la Casa Social Católica
a cargo de Valentín Franco

1926

PROLOGO

Una de las circunstancias más interesantes de cuantas solicitaron de un modo preferente nuestra atención desde el momento en que nos hicimos cargo de la dirección de las Bibliotecas de Santa Cruz y Universitaria de Valladolid, fué el advertir cómo en sus nutridísimos y valiosos fondos, abundaban las impresiones bibliográficas fechadas en esta Ciudad, lo que evidenciaba al más somero examen la excepcional importancia que la Imprenta Vallisoletana había alcanzado desde los momentos iniciales de su implantación hasta los tiempos modernos.

No sólo por curiosidad de investigador, ni por estímulo de bibliófilo impenitente, sino con el afán de procurar los elementos más propicios y seguros para emprender la reorganización total que el desbarajuste en que se hallaban aquellos fondos exigía, hube de indagar si por acaso existía algún estudio o ensayo, siquiera fuese fragmentario, en que se hubiese acometido ya la revisión de las obras y otras impresiones salidas de los talleres vallisoletanos. Nada hallamos digno de estimación, pues si algo se había hecho, no llegó nunca a ser publicado, y las noticias que en tratados de carácter más genérico pudimos hallar, no podían ser utilizadas con un criterio científico, toda vez que ofrecían profusión de errores y carecían las más de las veces de notas esenciales para su cabal identificación.

Por esto nos sugirió la idea de formar un catálogo razonado, de cuantas obras pudiéramos tener noticia, impresas en Valladolid hasta 1800: tarea harto laboriosa y no exenta de inconvenientes, que emprendimos con el mayor entusiasmo.

Los repertorios bibliográficos españoles y extranjeros que hemos utilizado en la realización de nuestro trabajo, es cierto que traen reiteradas citas y referencia de impresiones de los talleres de Valladolid, pero todos ellos esparcidos, sin sistematizar, y sin que puedan reputarse ni ser estimados, no ya como un estudio cabal del importantísimo tema, ni aún como una seria y autorizada aportación al esclarecimiento del mismo.

En efecto; quienes hayan utilizado para sus estudios la valiosa información bibliográfica contenida en este género de estudios (nos referimos especialmente a los clásicos y a Gallardo, Salvá y el P. Uriarte, pues los restantes no merecen ser nombrados) habrán podido advertir que por determinación misma de las excesivas proporciones que estos trabajos alcanzan, por la enorme perspectiva que abarcan, por su falta de especialización, están plagados de inexactitudes, falsas referencias, o equivocaciones y errores, como los que con inusitada frecuencia hubimos de advertir en una obra como la de Nicolás Antonio, tan copiosa de citas y notas de todo género.

Los repertorios extranjeros en lo que se refiere a las impresiones españolas suman a las deficiencias de los repertorios nacionales, las que naturalmente se derivan de la circunstancia de haber sido confeccionados a distancia y por investigadores poco versados en la lengua castellana y demás modalidades de nuestra imprenta nacional. Así se dá el caso que hubimos de registrar (y basta este dato para ponderar el escaso valor que estos repertorios tienen para nosotros) en la conocidísima «Histoire de l'Imprimerie» de Próspero Marchán, en donde la imprenta de Valladolid tiene una sola representación en un

libro cuya fecha está equivocada nada menos que en un siglo. Debemos, no obstante, en honor a la verdad, hacer excepcional mención de los eruditos trabajos de Conrado Haebler, de quien nos ocuparemos detenidamente.

Los repertorios particulares (no los relacionados con la imprenta en Valladolid, que no existen, según vimos) que enfocan aspectos parciales de la producción bibliográfica, contienen ya datos más precisos, por ser más especializada la labor, pero no registran, ni siquiera reflejan la enorme y valiosísima producción de la imprenta vallisoletana. Ante estas realidades se fortaleció y acentuó nuestro propósito de emprender en toda su magnitud el cabal estudio de las producciones de la *Imprenta en Valladolid* con el afán de prestar esta aportación fundamental a las investigaciones bibliográficas y eruditas.

Ya determinados a la realización de nuestro propósito, hubimos de iniciar como base adecuada e ineludible una previa clasificación de las fuentes de información que pudiéramos utilizar; teníamos los repertorios a que antes nos referimos y cuyo escaso valor hemos señalado; aportación mezquina e insegura y que en todo caso sólo pudiera prestarnos indicaciones vagas e inciertas muchas veces. Era preciso pues, acometer el estudio en toda su integridad yendo directamente a los fondos, a la busca y discernimiento de cada libro, de cada impresión, en las Bibliotecas y Archivos.

Se nos ofrecía por consiguiente un vastísimo campo de investigación, penosa y delicada, si es que apetecíamos llenar cumplidamente nuestro propósito; mas el interés que el tema nos había inspirado, nos hizo no sólo llevadera, sino grata y apetecible nuestra labor.

Desde luego, que el primer fondo por nosotros consultado, fué el constituido por las Bibliotecas y Archivos encomendados a nuestra dirección y que registramos preferentemente de un modo minucioso, tanto que hubimos de catalogar y reseñar cada uno de sus libros e impresos.

Apurada la revisión de estos fondos, registramos los contenidos en la Biblioteca del Seminario Conciliar, muy importante por haberse constituido con las obras de las suprimidas Ordenes Religiosas, y las de la Santa Iglesia Catedral, PP. Agustinos-Filipinos, Colegios de Jesuitas, Ingleses y Escoceses y todos los que en fin reseñamos en el apéndice (1).

Claro es que no todas las obras impresas en Valladolid habían de encontrarse en Bibliotecas y Archivos de esta Ciudad; conocidísimo es el constante fenómeno de dispersión de libros y cómo éstos se difunden hasta los más remotos lugares, apareciendo en los más insospechados, ediciones originalísimas. Era pues preciso ampliar el campo de nuestras investigaciones y buscar en otros depósitos los materiales que en los ya registrados faltaban.

Con este objeto realizamos una minuciosa investigación en los Monasterios y Conventos, en donde el solícito cuidado de sus moradores conservan valiosos elementos; de esta suerte comenzamos nuestros trabajos por la importantísima Biblioteca del Real Monasterio de Santo Domingo de Silos, continuando luego con las de los Colegios de Agustinos de La Vid y Jesuitas de Oña y de Carrión de los Condes; las de Franciscanos de Castroverde y Aguilera; las de Dominicos de Santo Domingo el Real de Madrid, Ocaña y Corias; las del Seminario y Cabildo del Burgo de Osma, y la de Trapenses de San

(1) Vid. Apén. I, n.º 4. Debemos hacer constar aquí el testimonio de nuestra más profunda gratitud a los Directores y encargados de estas Bibliotecas por la cordialísima acogida que han tenido la gentileza de dispensar a nuestro requerimiento y por la ayuda que prestaron con su atención a la realización de este estudio.

Isidro de Dueñas (1), todos ellos estrechamente ligados y dependientes de la producción tipográfica vallisoletana.

Con esto pudiera decirse que ya teníamos lo principal y más importante de nuestra labor; pero por la índole misma de los fondos registrados, las noticias habían de referirse preferentemente a las grandes impresiones; nos faltaban por lo tanto aquellas pequeñas impresiones y libros de escasa foliatura, que por su misma índole no podíamos encontrar en las grandes Bibliotecas; había que indagar más minuciosamente, llevando aquella primera revisión a otros fondos menos conocidos.

La magnánima generosidad del Emmo. Sr. D. José M.^a Cardenal Cos (q. e. p. d.), y de su auxiliar el Ilmo. Sr. D. Pedro Segura, Obispo de Apolonia, nos facilitaron grandemente la realización de nuestros propósitos, otorgándonos amplia y cumplida autorización para examinar y revisar los libros que se conservan en todos los Monasterios y Conventos de clausura sujetos a su jurisdicción, y en donde, gracias a esta concesión, nos fué posible hallar inapreciables notas de libros de escasa extensión que en vano hubiéramos buscado en ninguna otra parte, así como en los Archivos de la Real Chancillería, Santa Iglesia Catedral, Excmo. Ayuntamiento, Santa Cruz, Universidad y Seminario Conciliar, hallamos de igual modo preciosos ejemplares de documentos salidos de las imprentas de Valladolid (2).

Hemos dejado para lo último la salutación más cordial y afectuosa a nuestros queridos compañeros, jefes de los establecimientos públicos reseñados en nuestro apéndice, que, llevados de su amor a la cultura patria y en obsequio al compañero, han respondido a nuestro requerimiento remitiéndonos cuantas notas han encontrado en sus establecimientos que pudieran interesarnos.

Hacemos también extensiva nuestra gratitud a los buenos amigos que nos han prestado su ayuda, muy especialmente al Director del Instituto el ilustrado cronista de Valladolid D. Narciso Alonso Cortés, por los datos tan interesantes que nos ha facilitado.

* * *

Nos hemos referido anteriormente a la falta de estudios especializados acerca de la imprenta en Valladolid, y conviene, a fin de ponderar debidamente el alcance, importancia y significación de la obra por nosotros emprendida y realizada, insistir en el esclarecimiento de este particular.

En primer término, los repertorios generales, como ya hemos indicado, dan muy escasa luz acerca del particular, siendo imposible advertir siquiera la importancia que la imprenta vallisoletana tuvo como expresión de la actividad cultural de esta Ciudad. Así sucede, que en la «Tipografía Española» del P. Francisco Méndez, en los «Apuntamientos» de D. Rafael Floranes, y aún en la Adición que a los mismos añadió, en 1861, don Dionisio Hidalgo, apenas puede hallarse más noticia que la mera indicación de dos o tres impresos en Valladolid a fines del siglo xv; la «Historia de Valladolid» de D. Juan Ortega y Rubio (3), hace subir a 20 el número de obras que registra. Nada se diga de los traba-

(1) En el apéndice I, n.º 4, referimos el resultado fructuosísimo que obtuvimos en nuestras investigaciones en estos fondos, renovando aquí el testimonio de nuestra gratitud a los dignos rectores de aquellas residencias que tan bondadosamente nos han prestado las mayores facilidades.

(2) Véase el detalle de estas investigaciones en el apéndice I, n.º 4.

(3) Valladolid, 1881.